



Bicentenario
de los Sitios
de Zaragoza

1808: Aventura en Zaragoza

Adaptación de Daniel García-Nieto



1808: Aventura en Zaragoza

**Adaptación e ilustraciones:
Daniel García-Nieto**

ISBN: 978-84-612-0874-6

Depósito legal: Z-4033-07

Diseño: Contexto Gráfico

Impreso en España

© *de la adaptación e ilustraciones:* Daniel García-Nieto



**A mis sobrinos:
Jorge, Juan, Isaac,
Samuel, María y Abel.**



1. Una ciudad en ruinas

Ahora que me encuentro al final de mi vida y con más de cien batallas a mis espaldas, me dispongo a relatar la más extraña, la más increíble y peligrosa de todas mis aventuras. Me llamo Gabriel de Araceli y he escapado de la muerte mil veces, pero ni en Trafalgar, ni en Arapiles, ni en Cádiz, estuve tan cerca de morir como durante el asedio a Zaragoza en 1808.

Cuando llegué a la ciudad del Ebro, agotado por las largas jornadas de viaje a mis espaldas, el reloj de la Torre Nueva daba las diez. El cansancio, el hambre y la sed se habían apoderado de mí y me suplicaban que buscara un lugar donde echarme a dormir, un pedazo de pan y un trago de agua. Pero una ciudad en ruinas no es buen sitio para buscar alimento o cama. Yo lo sabía bien, pues a mis escasos 17 años ya había corrido lo mío por aquella guerra continua en que se había convertido España. Pasé mis primeros años en varios orfanatos, pues no conocí a mis padres. Siendo todavía un crío me enrolé a bordo del “Santísima Trinidad”, barco de la flota española bajo el mando de Francisco Javier de Uriarte, que asistió al desastre de Trafalgar, una de las grandes batallas marítimas de la historia.

— ¡Pero si con mi corta edad ya he muerto y resucitado! -pensé para mí. Y así fue. Durante los altercados callejeros ocurridos el 2 de mayo en Madrid, fui capturado y condenado a fusilamiento, pero fingí caer muerto y logré escapar por los pelos.

— Debíó salirme bien el papel de difunto. ¡He vistos tantos en estos años! -recordé con una sonrisa por haber burlado a los franceses... una vez más.

Mis zapatos ya no resistían más caminatas. El chaleco, la blusa y el calzón parecían harapos a causa del polvo del camino. Entré en Zaragoza por una de las varias puertas que entonces permitían franquear la muralla. Enseguida llegué a la ciudad vieja, que ofrecía un aspecto desolador: por todas partes había ruinas y escombros, como si una docena de gigantes se hubieran peleado entre sus calles. Zaragoza había aguantado un terrible bombardeo que redujo la ciudad a cenizas. A pesar de ello, no pudieron conquistarla.

— Es como la historia de David y Goliat. Unos pobres labradores consiguieron echar de sus calles al ejército más grande y poderoso del mundo: ¡El ejército de Napoleón!

Napoleón quiso llevar a todo el mundo su modelo político: una Constitución, un Parlamento, derechos y libertades. Pero todas esas cosas no pueden imponerse por la fuerza de las armas. Es el pueblo el que tiene que elegir cómo quiere organizarse. En aquellos años no se vivía bien en España: subieron los impuestos y cada día era más difícil subsistir. El hambre y las enfermedades son malos consejeros y el pueblo reaccionó con violencia cuando supo que se avecinaba un cambio de régimen: Napoleón había secuestrado en Francia a la Casa Real Española.

— Este siglo que empieza, el XIX, está gafado. ¡Sólo llevamos 8 años y ya ha habido no sé cuántas guerras! -pensaba yo.



Estábamos en el mes de diciembre de 1808. Ese año los zaragozanos se saltaron la Navidad. -¿Y qué van a celebrar? ¿Que después de tres meses de tregua los franceses vuelven a la carga? Estas eran mis reflexiones aquel día.

Recorrí el ancho Coso, desde la Casa de los Gigantes hasta la plaza de San Miguel. Buscaba la casa de don José de Montoria, un rico y generoso labrador que, según me habían dicho, me daría un lecho donde dormir. La intuición me llevó, a través de calles estrechas por la que sólo una culebra pasaría con holgura, hasta el monasterio de Santa Engracia. Haber paseado tanto entre ruinas me había convertido en un experto. La guerra me estaba cambiando.

Entré con la intención de resguardarme bajo un tejado. Pero no quedaba techumbre. La fachada principal del claustro había quedado insólitamente en pie.

— Esto sí que tiene guasa: ¡Una puerta que no da a ningún sitio! -pensé al ver que tras la fachada no había más que escombros y muros derribados, pedazos de pared y restos de arcos y columnas. Estaba todo manga por hombro. El enemigo había volado el convento por los aires durante el primer Sitio, en el verano de 1808.

Busqué un lugar donde echarme a dormir. Al día siguiente quería estar bien despierto para buscar la casa de don José de Montoria. La noche era fresca, pero agradable. No dormí mucho, porque, como suele decirse, “colchón de piedras hace buenos madrugadores”. Al despertar oí una voz tras de mí.

— Buenos días, jovenzuelo. ¿Quién eres y qué hace alguien tan joven en una guerra tan vieja?

La persona que me saludó era un pobre mendigo lisiado, a quien le faltaba una pierna. Se movía ayudado por muletas, como los piratas de las novelas. Me recordó mucho a Marcial, más conocido como “Medio Hombre”, contramaestre en un barco de guerra, quien había perdido un brazo, una pierna y un ojo en cientos de batallas como la de Trafalgar.

— Me llamo Gabriel de Araceli, señor, y busco el domicilio de don José de Montoria.

Sursum Corda, pues este era el nombre del mendigo, se movía con sus muletas más rápido que yo con mis dos piernas; y hablaba más rápido todavía, tanto que hubiera podido recitar la Biblia enterita en media tarde.

— ¡Vaya sorpresa! ¿Don José de Montoria? Pero ¿quién no sabe dónde vive don José? ¡Ah, don José, nada menos que don José! ¿Acaso eres forastero, jovenzuelo?

— Pues sí. No conozco la ciudad y no quisiera...

— Entonces... ¿No presenciaste la batalla del 4 de agosto, jovenzuelo ignorante? ¡Porque quien no ha visto la Batalla del 4 de agosto no ha visto nada! ¡Ah, aquel día llovía fuego! Bombas, granadas, morteros... ¡Bum bum, bum! Y los fusiles chillaban: ¡Bang, bang! El convento de Santa Engracia se cayó a pedazos, con más agujeros que un colador. Los cañones bramaban como demonios ¡BRRUUUMMM! -escenificaba Sursum Corda. -Ah, amigo mío... ¡Quien no vio esa batalla no ha visto nada!



El convento de Santa Engracia se cayó a pedazos, con más agujeros que un colador. Los cañones bramaban como demonios...
¡BRRUUUMMM! -escenificaba Sursum Corda. - Ah, amigo mío...
¡Quien no vio esa batalla no ha visto nada!

2. El enemigo vino del Norte

A medida que escuchaba a Sursum Corda rememorar aquellos días, me preguntaba por qué mi mala suerte me había llevado a dirigirme al más parlanchín de los zaragozanos.

— Estoy seguro de que fue terrible, amigo Sursum Corda, pero, ¿podría decirme dónde vive don José de Mont...

— ¡Ah, jovenzuelo, cómo ardía todo! ¡Zaragoza era un horno tremendo que resplandecía de noche bajo el fuego de los morteros! ¡BUMM, BUMM! La ciudad era el caos. Los locos se escaparon del manicomio y aullaban atravesando el Coso. Uno de ellos se puso a sermonear: aseguraba que él era el Ebro y con sus aguas iba a apagar las llamas. El campanario de la Torre Nueva no paraba de repicar anunciando más bombardeos: ¡TLÁN, TLÁN, TLÁN! Ah, amigo mío... ¡Quien no ha visto la batalla del 4 de agosto no ha visto nada!

Más de una hora estuvo Sursum Corda relatando los sucesos del primer Sitio, y más de una hora estuve yo intentado convencerle de que me llevara a casa de don José de Montoria. Conseguí que me acompañara hasta su domicilio en la calle de la Hilarza, pagando así el peaje de escuchar sus explosiones, derribos y matanzas del 4 de agosto. Los vecinos nos abrían paso, no por buena educación o por piedad con un pobre lisiado, sino porque sin duda conocían la verborrea de mi acompañante.



Don José de Montoria era un labrador rico, coloradote y panzudo, generoso y autoritario a la vez; no conocía la educación como la entienden en la Corte de Madrid, pero sería capaz de compartir su cama con un mendigo. Odiaba la mentira y la mezquindad y le gustaba pasar el domingo a la mesa, rodeado de familia y amigos:

— Pero ¿cómo que no vas a comer más? ¡Porra! ¡Si acabamos de empezar! ¡Juliana! Ve a buscar dos gallinas, estrella doce huevos y trae ese queso de Teruel! ¡Ah, y trae cuatro jarros de vino, que yo también voy a merendar! ¡Por cien millones de porras!

Don José de Montoria juraba a menudo, llenando de porras y más porras su conversación. Era noble y leal y hubiera defendido su ciudad, Zaragoza, hasta la última gota de su sangre. Era, ¿por qué no decirlo?, el padre que me hubiera gustado tener.

— Y si hace falta luchar a cabezazos ¡Pues así lucharemos!, ¡porra! -solía decir Montoria, ante la escasez de armas, pólvora y municiones.

Como no tenía donde ir, decidí alistarme en el ejército zaragozano. Desde mi llegada oí hablar a hombres y mujeres del avance de las tropas francesas. El día 20 de diciembre, fecha en que me dieron un fusil y pasé a engrosar las filas del batallón Peñas de San Pedro, empecé a escuchar caer las bombas.

Los franceses atacaron en dos frentes: por la margen izquierda asaltaron el Arrabal desde Zuera, y por la derecha, el

general Suchet eligió San Lamberto, al Sur. ¡Eran 40.000 hombres, cientos de ellos a caballo, armados con los mejores fusiles terminados en peligrosas bayonetas. El ejército de Napoleón era un ejemplo de orden, un arma de destrucción.

Montoria iba dando detalles que me pusieron los pelos de punta:

— La infantería francesa avanza en perfecta formación. ¡Sólo una bala de cañón puede romperla! Los soldados van tan juntos que ni un gato podría colarse por aquella pared humana. Si un soldado se queda sin munición o sin pólvora recurre a la bayoneta y si no desenvaina su sable. ¡Son los guerreros más temibles del mundo!

A medida que el ejército de Napoleón avanzaba por el territorio quemaba cuantas casas, cosechas, puentes y molinos veía, sembrando la destrucción, como una falange de demonios.

— Ya intentaron una vez tomar la ciudad -aseguraba José de Montoria- y se llevaron una buena ración de pólvora. Tampoco lo conseguirán esta vez ¡por cien millones de porras!

Mientras llovían los juramentos y “porras” de don José, sonó un cañonazo. -Eso ha sido en San José ¡De esos franceses que suben por la orilla del Canal se ocupará el general Renovales! Caballeros, se acabó la cháchara ¡A la guerra!



Don José de Montoria juraba a menudo, llenando de porras y más porras su conversación. Era noble y leal y hubiera defendido su ciudad, Zaragoza, hasta la última gota de su sangre.

3. la batalla de San José y el Arrabal

San José era un barrio, como casi todos los de Zaragoza, formado por calles estrechas y retorcidas, donde las casas, en su mayoría de adobe y tapial, se agolpaban unas junto a otras sin orden alguno. El convento de San José, una construcción fuerte de ladrillo, había sido convertido en fortaleza. Nuestra misión era reforzar esa posición y repeler el ataque francés.

— Pero ¿cómo vamos a acceder al reducto con el fuego frontal de esa columna francesa? -pregunté, preocupado por mi pellejo y algo asustado por la proximidad de la batalla.

Montoria organizó la maniobra:

— Garcés, sube a aquellos tejados con dos hombres y tomad distancia, que parezca que sois más. Eso nos dará unos segundos de distracción para entrar por aquella tronera. En el reducto nos están esperando.

El Tío Garcés, hombre inconquistable de quien más adelante hablaré, nos cubrió durante la maniobra. Se encaramó como un gato a una tapia y empezó a despachar tiros.

Accedimos al convento cuerpo a tierra, con las balas silbando sobre nuestras cabezas. Como había dicho Montoria, en el fuerte nos esperaban. Nada más entrar, el general Mariano Renovales me miró de arriba a abajo y me dijo:

— ¿Qué hace un mozalbete como tú en esta batalla? ¿Sabes algo de armas, chaval?



— En tierra tengo poca experiencia, general. Pero estuve en Trafalgar, a bordo del “Santísima Trinidad”.

Renovales abrió los ojos, que eran como dos cuchilladas, y no pronunció palabra, pero quedó impresionado por mi experiencia marinera. Era frío como el hierro de los cañones y su cara parecía haber sido esculpida a golpes de hacha sobre un viejo madero. Me arrepentí de haberle contado mi experiencia en Trafalgar. Para mis adentros decía: - “Pero, ¿qué hago yo, un chaval de 17 años, enrolado en este ejército? ¡Si yo he sido marinero y no he cogido un fusil en mi vida!”

Los soldados del reducto de San José no parecían más de lo que eran: vecinos de Zaragoza de todas las edades y condiciones, armados con lo que podían. Vecinos que habían cosechado fama mundial por su capacidad de resistencia ante el mayor ejército del mundo. Uno de ellos, Pirli, era una de las personas más extraordinarias que jamás he conocido. Tenía unos veinte años, era un corpulento labrador del Arrabal, gracioso y alegre, y tenía unas enormes orejas. Jamás le vi triste. Hacía la burla al enemigo y se reía de las balas.

— Pero ¿qué pedrisco es este, que no moja? ¡Tirad más grano, más, que hay que guardar para el verano!

Pirli deambulaba por las murallas, nervioso y divertido, haciendo cabriolas. Tenía un chiste para cada bombardeo. A las bombas les llamaba “tortas” y a la pólvora, “harina negra”. Algunas mañanas, nos adelantaba el menú del almuerzo, que es-

taría compuesto de “guisantes de plomo”, “puré de metralla” y de postre “flan de bayoneta”.

— ¡Esos cañones suenan afónicos! ¡Engrasadlos mejor, que desafinan! ¡Resopla! -vociferaba a los franceses, meneando sus brazos como aspas de molino.

Pirli recuperaba de entre las ruinas las balas de cañón y se las devolvía con insultos escritos sobre su superficie donde lo más ofensivo eran las faltas de ortografía.

— ¿Estás seguro de que se escribe “qretinos”, amigo Pirli? -le decía yo.

— ¡Pues no ha de ser así! ¡Lo que yo digo! ¡“Qretinos” y bien “qretinos”!

Guardaba los proyectiles en un viejo mueble destrozado al que llamaba la “despensa”. Con trozos de viga se fabricó un sable de madera y una falsa pata de palo, con una venda sobre el ojo derecho y la muleta prestada de Sursum Corda, se disfrazaba de pirata.

— ¡Arrojad a esos bellacos a los tiburones! ¡Por un millón de centellas, esta noche habrá ración doble de ron para el que me traiga la cabeza de un enemigo! ¡Resopla y recontrasopla! ¡Al abordaje!

Dentro del reducto, los zaragozanos aguantaban pacientes el ataque enemigo. No daban signos de actividad ni respondían al fuego. Aguantaban la lluvia de proyectiles tapando los agujeros que las balas producían en la endeble muralla de barro.



— Aguantad la posición, valientes, y no encendáis las mechas hasta mi señal- dijo el general bajo un fuego del demonio. En el fuerte de San José llovía plomo. Los muros de barro y tapial temblaban a cada impacto. Muchos ladrillos saltaban hechos trizas, dejando al descubierto nuestra posición.

— ¿Disparamos ya, general? ¡Que se nos echan encima!

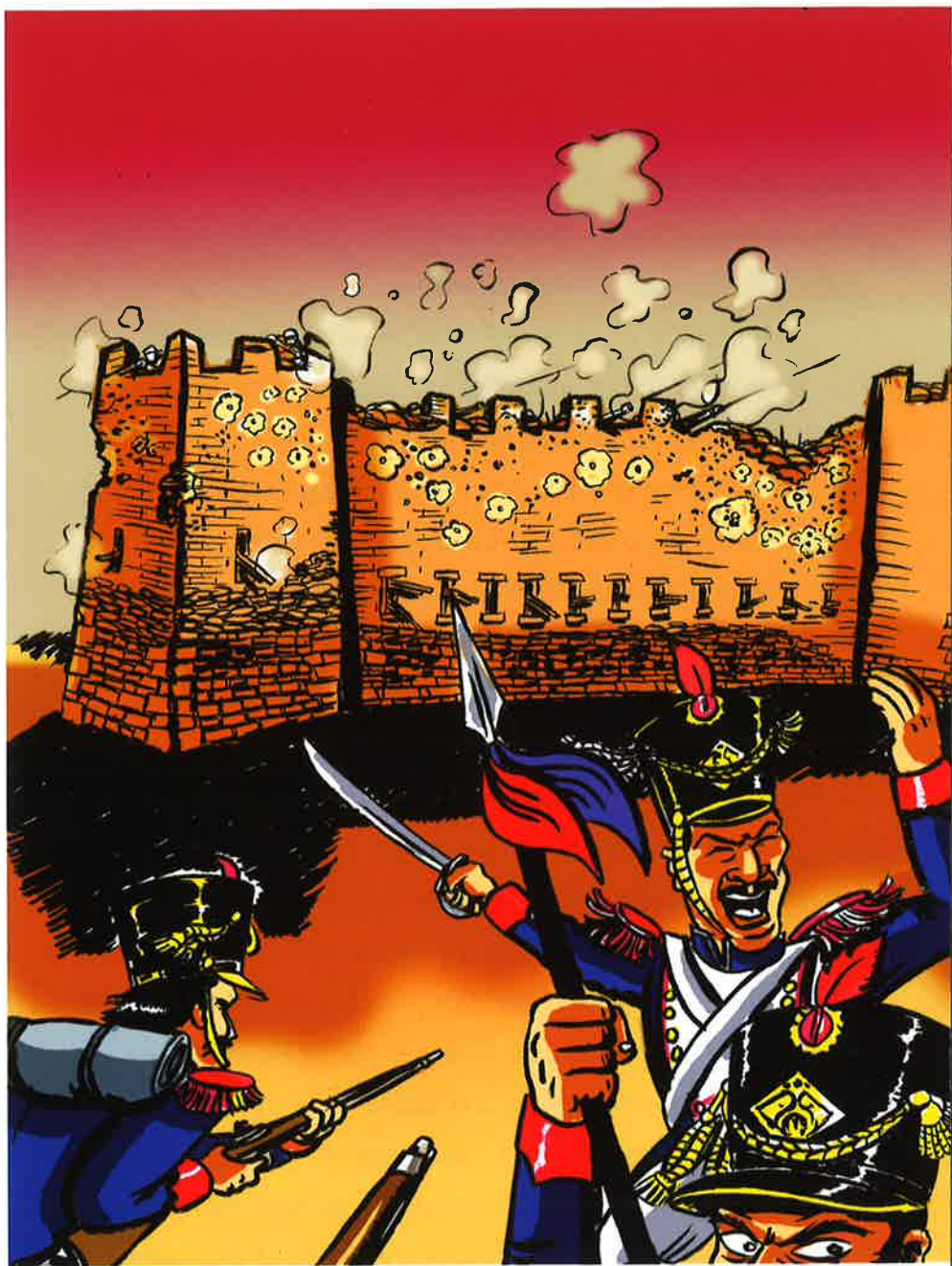
— ¡He dicho que a mi señal! ¡Y al que dispare antes lo mando desollar! -sentenció Renovales.

En medio de un silencio de muerte los franceses cesaron el fuego. Ni un pájaro silbaba. Cesó hasta el viento. Las tropas comenzaron a avanzar, convencidas de la derrota del Convento y con él, del barrio de San José. De pronto sonó una voz ronca, como un disparo.

— ¡FUEGO! -bramó Renovales.

Las troneras y aspilleras vomitaron fuego. Las piezas de artillería zaragozana lanzaron un infierno de balas de cañón contra los franceses, dando la primera mitad de la batalla por concluida con victoria para los zaragozanos.

— “¡Al Arrabal! ¡Al Arrabal!” -La campana de la Torre Nueva anunciaba un nuevo ataque, esta vez por el Norte de la ciudad. Mi batallón, veloz como una jauría de perros de caza, se puso en marcha hacia el Coso. Las calles que daban al río y al Puente de Piedra, estaban atiborradas de gente. Las aguas del Ebro se mostraban negras como la noche. En el convento de San Lázaro y en el de Altabás, convertidos en fortalezas, había cañones que no paraban de bramar.



Las troneras y aspilleras vomitaron fuego. Las piezas de artillería zaragozana lanzaron un infierno de balas de cañón contra los franceses, dando la primera mitad de la batalla por concluída con victoria para los zaragozanos.



— ¡Sopla, como rebuznan esos pollinos! -se burlaba Pirli. Su eterna alegría me devolvía la confianza que los cañonazos me arrebataban.

— En la Arboleda de Macanaz va a tener lugar el cuerpo a cuerpo. ¡Resistid, compañeros! ¡Vamos a teñir de rojo las aguas del río! -gritaba Montoria, sable en mano, con el fuego de mil fraguas ardiendo en sus ojos.

El choque fue violentísimo. Tanto, que la muchedumbre desordenada del ejército zaragozano fue capaz de romper la formación francesa, cuyos soldados quedaron arrinconados contra el dique del Ebro. La proverbial formación quedó rota, y el sargento, el capitán, los hombres, las mujeres, el coronel, los artilleros y caballeros se mezclaron en una única masa informe. En ese caos y confusión en que fuimos capaces de convertir al mejor ejército del mundo, estaba nuestra victoria.

4. El avaro Candiola

— ¡**A**delante, valientes, que ya son nuestros! ¡Vamos a mostrarles que una muralla de ladrillos vale más que todos los soldados de Napoleón! -estalló Montoria- ¡A por ellos! ¡Los muertos del primer Sitio les saludan desde el fondo del río! ¡Al Ebro con ellos!

La arenga animaba a los soldados a empujar con más brío al enemigo hacia la orilla del río. Acorralados, los franceses descuidaron su formación. Los cuchillos y navajas de los zaragozanos brillaron como centellas y muchos franceses cayeron en la contienda. El resto huyó.

Fue una gran victoria. El desorden con que atacábamos y la furia de nuestro ejército, que defendían sus casas y sus calles, nos dio el triunfo. Aquella noche dormimos al raso, pero no pasamos frío. Estábamos contentos.

La alegría era general. Todos celebraban la victoria y alguno bebió más de la cuenta. De repente, una sombra se filtró desde la oscuridad y el calor de la hoguera pareció oscurecerse. Las caras de los vecinos se tornaron agrias como si hubieran bebido vinagre.

— Sólo los haraganes son capaces de celebrar fiestas en nuestra situación. ¡Vosotros, mamelucos, holgazanes, sois los responsables de esta guerra estúpida! ¡Ojala caigáis todos bajo el fuego y cese esta locura, ya que sois incapaces de entrar en razón y rendiros! ¡Que esta ciudad de locos se hunda en el infierno!

El que habló de esta manera era el Tío Candiola, el ser más odiado por sus vecinos. Un viejo usurero que vivía de prestar dinero a altísimos intereses y cuya rapiña se había interrumpido con la guerra, pues no había nada que rapiñar.

— ¡Estúpidos! prefieren morir a pagar sus deudas! -solía mascullar Candiola.



Dicen que los criminales tienen cara del animal cuyos hábitos imitan: los asesinos, cara de depredador; los ladrones, cara de pica-raza... Candiola tenía la cara de una serpiente. Rostro enjuto, nariz aguileña y ojos amarillos y abultados como los de un sapo. Su peluca tenía el tono verdoso de las algas de un estanque. Le seguía un olor húmedo, a ciénaga, y se diría que dejaba un rastro a su paso, como los caracoles. Acumulaba tanto rencor en su interior que parecía un riachuelo cegado por las piedras que arrastra. La piel resbalaba sobre un esqueleto huido y parecía dos tallas mayor. En el otro sitio no dio un cuarto ni tomó las armas ni ayudó a los heridos.

— ¡Cuando esa torre se ponga derecha, compartiré mis caudales! -decía a veces, aludiendo a la Torre Nueva, que estaba inclinada como la de Pisa.

Montoria, que había dado a la Junta de Abastos todas sus provisiones de grano, jamones, cecina y vino, se ponía colorado cuando hablaba de Candiola.

— ¡Habrased visto, pretender vender el grano y no dar un real para la guerra! ¡Porra!

Montoria se hizo cargo durante el segundo sitio de la Junta de Abastos, un organismo de ahorro comunitario que recogía por las casas todo el trigo, lana, carne, sal o embutidos que los ciudadanos pudieran aportar para dar de comer a las tropas.

— ¡Qué generosos son los vecinos! -pensaba yo, cuando acompañaba a Montoria a recoger pescado, perdices o pan por

las casas. - De todas las guerras que he visto, esta es sin duda la más extraña, Pirli.

— ¡Cáspita! ¿Y eso por qué, Gabriel?

— Porque en Bailén, Chamartín o Trafalgar, el ejército recibía víveres y armas del Gobierno, Pirli. Esta guerra de Zaragoza la están pagando los vecinos.

Todos los zaragozanos daban cuanto tenían al ejército. Todos menos uno. El rico Tío Candiola era la pesadilla de la Junta de Abastos.

— “¡Cuando esa torre se ponga derecha, compartiré mis caudales!” -me dijo el muy... ¡Porra y reporra! ¿Es eso un patriota o un demonio con cuernos y rabo? -bramaba Montoria, echando fuego por los ojos como un dragón.

Una mañana acompañé a don José de Montoria a casa del Tío Candiola. Le sorprendimos metiendo a hurtadillas unos sacos de cereal de un cobro reciente.

— Buen día, Candiola. Vengo a llevarme todo su trigo. El ejército resistente pasa hambre y frío durante el asedio -comenzó Montoria.

— ¿Y voy a ser yo la madre que alimente a esos haraganes? -replicó el usurero. ¡Anda ya! ¡Que les caiga un rayo encima es lo que merecen esos vagos! ¿Me ha dado algo a mí esta guerra?

— Te está dando libertad, Candiola.

— ¿Libertad? ¿Para qué?

Montoria trataba de dominar el enfado, pero su rostro comenzaba a ponerse de todos los colores: amarillo, rojo,



-¿Y voy a ser yo la madre que alimente a esos haraganes?- replicó el usurero. ¡Anda ya! ¿Me ha dado algo a mí esta guerra? ¡Que les caiga un rayo encima es lo que merecen esos vagos!

naranja y hasta morado, mientras escuchaba paciente al avaro Candiola.

— Todo cuanto guardo en mi casa lo he ganado honradamente ¡Y nadie me ha ayudado a hacer mi fortuna! Si alguien quiere harina, que la pague ¡Y si no puede pagar, que se rinda, que los franceses le darán de comer!

Rendición era la única palabra que no se le podía mentar a don José. -Ven acá, sabandija miserable, chupador de sangre, usurero de los pobres -estalló Montoria, agarrando al avaro del cuello. Yo me lancé a calmarle: — ¡Paciencia, don José, que no es más que un anciano!

— ¿Un anciano? -gritó Montoria, rabioso como un torrente. — ¡Un vampiro es lo que es, con el corazón negro como la noche! Dame todo el trigo que tengas en tu mazmorra oscura, Candiola, o te juro por un millón de porras que me llevo tu pellejo en prenda.

— ¡No me robarás, Montorilla! -escupió Candiola, con odio en los ojos- ¡Esa harina irá a tus hornos, ladrón! ¡La quieres para ti!

Demasiado aguantó Montoria. De un empujón apartó al anciano y derribó la puerta. Los soldados que le acompañaban se llevaron todo su grano, ante la mirada cargada de odio de Candiola.

— Te quemarás en el infierno por esto, Montoria. ¡Aunque tenga que bajarte yo mismo! -gritó Candiola, retorciéndose como un reptil.



5. la mazmorra misteriosa

Candiola guardaba grandes cantidades de oro, riquezas de embargos, pagarés y títulos de propiedades en un sótano, una especie de mazmorra. De él se decía que era un hechicero, que tenía un pacto con Satanás, que vendía el alma de sus vecinos y que cada vez que alguien moría, esa noche se oía a Candiola contar su oro y celebrar las ganancias.

— La noche que murió mi Mariano -contaba una de las sirvientas de Montoria- una velada de mucho frío, junto al fuego, escuchamos a Candiola cantar, vociferar y reír toda la noche. ¡Su chimenea no dejaba de echar humo, como si estuviera quemando hierbas venenosas e invocando a Belcebú! Yo no lo he visto, pero hay quien dice que entre el humo le han visto salir, cabalgando un macho cabrío y riendo como un demente!

— Secuestra niños y los cambia a un enano por oro que éste arranca de las entrañas de la tierra -decían unos- Asalta las tumbas de los pobres para vender los huesos en el infierno, y por cada calavera le dan una moneda. ¡Y tiene miles de ellas en esa mazmorra! -especulaban otros.

Tal era el concepto que los vecinos tenían de Candiola, el de la nariz aguileña, el de la peluca enmohecida, el del andar huidizo. Candiola aparecía y desaparecía, como si de un truco de magia se tratara. Doblaba las esquinas veloz como una lagartija. Procuraba caminar por los callejones más fríos y os-

curos por los que sólo transitan las ratas, para evitar miradas incómodas. No hablaba con nadie, si no era para demandar la devolución de un préstamo. Ese comportamiento le valió su fama de ser sobrenatural, de trasgo, demonio o hechicero.

— ¿Que no tienes para pagar el préstamo que te hice durante la primavera? -recriminaba Candiola a algún pobre moroso.

— ¡No puedo pagarte los intereses que me pides, Candiola! ¡Mi hijo ha estado enfermo y no ha podido ayudarme en el campo!

— ¡Pues explícaselo a los carceleros, porque si no me pagas darás con tus huesos en la cárcel!

— ¡Pero debo alimentar a mi familia!

— Tu hijo y tú, lo que sois es un par de holgazanes. ¡A trabajar para pagarme, gusarapo! -terminaba Candiola, emprendiendo el vuelo como un murciélago.

Llevaba consigo un enorme llavero, donde custodiaba las llaves de su mazmorra; en aquel sótano, que nadie había visto nunca, se decía guardaba sacos de monedas y riquezas sinfín.

— ¡El alma es lo que allí guarda, negra como el carbón, ¡porra! -maldecía Montoria, enfadado con su avaricia.

Los vecinos huían de Candiola, como si se tratara de una enfermedad. Corrían mil historias sobre él y ninguna buena.

— Según contó a mi abuela un fraile franciscano en su lecho de muerte -comenzó un anciano labrador del barrio de Torrero-, la familia de Candiola tuvo la desgracia de construir su casa sobre la puerta del mismo infierno, allí, junto a la Torre



Nueva. Así, cuando Candiola era un recién nacido, el mismísimo Satanás se presentó en su alcoba, durmió a la madre con una serpiente y cambió al niño por un duende, quien aún sigue a su servicio y custodia la entrada a los infiernos. ¡Ese es el verdadero Candiola, un trasgo que guarda bajo su casa, junto a la Torre Nueva, al mismísimo Cancerbero, el perro de tres cabezas que custodia la casa de Satán!

— La historia de Candiola es mucho más terrible y está más teñida de sangre -intervino Garcés-. Siendo joven, Candiola fue un bandolero que assolaba los caminos de La Muela y Juslibol junto a su hermano, Antonio “El Matarife”, con quien compartió toda clase de maldades, robando y asesinando a diestro y siniestro. Una noche que Candiola se estaba emborrachando, los guardias le sorprendieron en una taberna y lo condujeron a prisión. Allí le amenazaron con la horca si no delataba a su hermano. Candiola, que hasta para la familia es traidor como una víbora, compró la libertad con su traición y condenó a su compañero de fechorías. El Matarife fue sorprendido en su cueva a la mañana siguiente y ahorcado. Candiola abandonó el crimen y se convirtió en prestamista, amasando una fortuna cada vez mayor. Pero una noche, mientras contaba sus riquezas a la luz de una vela, vio cómo una sombra se balanceaba desde el techo del sótano. Con voz de ultratumba, el fantasma de su hermano, que pendía de la soga con que le ahorcaron, le dijo: “Candiola, candiolilla... ¡Ni los lobos del monte te querrían a su lado, ellos, que se comen

entre hermanos si la caza escasea!” El viejo usurero se puso pálido como un cirio mientras escuchaba la maldición del ahorcado: “Me has mandado a la tumba y ya no podré seguir robando; ahora serás tú quien robe para mí”. Y así, todas las noches el Tío Candiola da cuenta al fantasma de su hermano ahorcado del dinero que ha amasado robando a los pobres.

— Todo eso son paparruchas, jovenzuelos -interrumpió Sursum Corda, el cojo parlanchín- Tras la personalidad de Candiola se esconde un sabio judío de más de 300 años, un rabino conocedor de las artes ocultas hebreas, astrólogo, cabalista y alquimista, quien está perpetrando una terrible venganza. Hace siglos, los judíos como él fueron expulsados de España y su casas ocupadas por cristianos. Pero él, que tiene el poder de cien hechiceros, ha vuelto disfrazado de cristiano viejo, y guarda en su mazmorra un muñeco de barro al que llama “Golem”, a quien devuelve la vida para ponerlo a su odioso servicio. El malvado hebreo le envía por las noches a robar cuantos objetos fueron entonces arrebatados a su pueblo, tales como candelabros de plata, vajillas y otros utensilios que el Golem distrae de las casas de los vecinos de Zaragoza durante la noche.

— Pero... ¿qué sarta de sandeces estáis contando? -pregunté, molesto, a mis compañeros de filas- ¿Es que no sabéis que ni los vampiros, ni los fantasmas ni las brujas existen ni han existido, que hace ya muchos años que la ciencia echó luz sobre todas esas tinieblas que las mentes ignorantes inventan?



Sedientos de conocer la verdad, una noche, mi compañero Pirlí y yo seguimos a Candiola. El usurero atravesó la plaza de San Felipe y torció hacia la casa donde vivía el viejo junto a una anciana sirvienta, Guedita. Traspasó el portalón de la tapia que circundaba su casa y le apartaba de miradas indiscretas. Cerró el postigo tras él con cinco cerrojos y le oí dar órdenes a la señora.

— No me molestes hoy, Guedita. Tengo trabajo en el sótano. No prepares cena, que vengo sin hambre. ¡Y no malgastes las velas, que esta noche no hay nada que ver!

Esperamos unos minutos y saltamos la tapia, ayudándonos con unos tablones. A tientas busqué el muro y en la oscuridad traté de rodear la casa hasta que di con un tragaluz del que salía un pálido resplandor verdoso. Pirlí me seguía, asustado. Las paredes estaban cubiertas de moho, como las de un aljibe abandonado.

Me agaché para espiar a Candiola a través del ventanuco, aguantando la respiración para no ser sorprendido. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí a Candiola acucillado ante un cofre lleno de monedas. El avaro hundía en el oro unas manos de rapaz con un fulgor de mezquindad en sus ojos amarillos de rana. Vi en su cara el egoísmo y la codicia.

— Malditos idiotas, sarta de maleantes... -mascullaba Candiola- ¡Aguantan esta guerra estúpida para no pagar sus deudas ¡Ah, si estuviera en mis manos terminar este conflicto irracional! ¡Mandaba a todos esos resistentes al infierno y



El avaro hundía en el oro unas manos de rapaz con un fulgor de mezquindad en sus ojos amarillos de rana. Vi en su cara el egoísmo y la codicia.



abría las puertas de Zaragoza de par en par para que entrara Napoleón... y Josefina si hacía falta!

Tuve que reprimir a Pirli, quien hubiera arrojado una piedra a la cabeza empelucada de Candiola. Mientras contaba las monedas de oro con sus dedos de lagartija, el usurero Candiola seguía con su letanía:

— Es imperdonable dejarse matar en la guerra si tienes deudas ¡Pretenden irse al otro mundo con mi dinero!

— Maldito seas, Candiola. El pueblo se muere de hambre y come las sobras que los avaros como tu descuidáis -pensé, afe-rrando con ira los barrotes del ventanuco a través del cual Pirli y yo espiábamos al vil anciano. Me perdí en mis pensamientos durante un segundo y de repente, como por arte de magia, Candiola había desaparecido. Sencillamente ya no estaba. La luz mortecina del candil nos permitía ver toda la estancia. Allá no quedaba nadie.

— ¡Ha desaparecido! ¡Te lo dije, Gabriel, te lo dije! ¡Es un fantasma que atraviesa las paredes!

6. Guerrilla en Tenerife

— ¡**R**esopla! ¿Va a ser verdad que ese demonio de Candiola es un hechicero, un enviado de Satanás, un espectro del infierno, un...?

— Quita, quita, Pirlí ¡Qué hechicero, ni qué niño muerto! Ese avaro guarda algún secreto, además de su negro corazón, en aquella cueva infecta. Aquí hay algún misterio que yo tengo que desentrañar!

Pero Pirlí, que era supersticioso y amigo de las historias de aparecidos, insistía en la teoría fantasmagórica.

— Son muchos los sucesos extraños que se cuenta ocurren en ese barrio, alrededor de la Torre Nueva -prosiguió asustado, mirando a su alrededor y frotándose unas manazas temblorosas- Algunas noches, cuando hay mucho silencio, se oyen cadenas y pasos que no vienen de ninguna parte y a ninguna parte van; hay quien ha visto luces azuladas en el suelo, como los fuegos fatuos que aparecen en los cementerios ¡Son las almas de los difuntos, que acuden a la Torre para avistar los ataques de los franceses! ¡Ay, qué miedo, madre!

Así pasábamos las noches, contando historias de la guerra y de espectros. Y siempre aparecía y reaparecía el Tío Candiola, bien en forma de fantasma, de hechicero a lomos de una escoba o demonio con rabo y cuernos.



El ataque a Tenerías comenzó al amanecer del día 24 de enero. Los ánimos no estaban como antes de Navidad, cuando ganamos la batalla del Arrabal y San José. El hambre, el frío y las muchas bajas nos hacían pensar a menudo en la rendición. Hasta el mismo Montoria, quien tantas veces nos había levantado la moral, dijo aquel día:

— Hoy el sol se ha alzado rojo. Me parece que va a haber un derramamiento de sangre. Luchemos por que no sea la nuestra.

El barrio de Tenerías fue levantado a orillas del Ebro y de La Huerva por curtidores y artesanos. Sus calles eran un laberinto de tapias y muros de ladrillo sin cocer. Las pequeñas plazoletas donde en verano descansaban los vecinos nacían donde ya no cabía una casa o un corral. Visto desde la torre de San Agustín, parecía la medina de una ciudad africana, con su continuo deambular de burros, carros y mercancías. Allí se dio una de las batallas más cruentas que jamás he tenido oportunidad de describir. Defender Tenerías era fundamental para evitar la entrada a la ciudad por el Coso.

El alto mando se reunió en una plazoleta rodeada de ventanucos. Los vecinos, que colaboraban arrojando al paso de los franceses cuanto tenían en casa, escuchaban y participaban en la reunión. En esta batalla nos comandaba el Tío Garcés.

— Garcés, ¿Cómo vamos a defender el barrio? -preguntó una brava mujer llamada Manuela Sancho, que se hizo famosa por su puntería con el fusil.

— En campo abierto seremos pasto de la artillería francesa. Nuestros fuertes terminarán por caer -respondió Garcés, afilado como un cuchillo-. Pero en este laberinto de calles nunca podrán con nosotros. Vamos a hacer un fuerte en cada casa. Nos atrincheraremos en las manzanas y defenderemos la calle desde los tejados. Si conseguimos meter a los franceses en esta ratonera les daremos caza nosotros a ellos.

El Tío Garcés, líder de aquel batallón, parecía construido con ladrillos, como los muros de Tenerife. Tendría 45 años y más cicatrices que un viejo instrumento de labranza. Hablaba poco, subía a los tejados como un lagarto y disparaba como nadie.

— Si los franceses ocupan el molino de aceite estamos perdidos. Dios no quiera que caiga- sentenció Garcés. -Es nuestro único flanco abierto. Confiemos en que el destino nos asista.

La asamblea se disolvió. Dedicamos el día a abrir aspilleras para disparar en todos los muros. Construimos barricadas en las calles más estrechas y en las escaleras y comunicamos todas las casas de la manzana agujereando las paredes. Nos disponíamos a defender la calle habitación por habitación. Atacar Tenerife era como adentrarse en un bosque oscuro donde detrás de cada árbol hay un enemigo. Cada minúscula ventana, cada tapia, ocultaba un fusilero dispuesto a defender su posición.

Las primeras andanadas nos sorprendieron a cubierto. Una “torta”, como las llamaba Pirli, atravesó la casa que yo defendía de parte a parte, como si fuera de papel.



— ¡Por un millar de Porras! ¡La casa se nos cae encima! - vociferó Montoria.

— ¡Corramos al tejado! Desde allí haremos buen fuego a esa pieza de artillería! - Resolvió el tío Garcés.

En dos zancadas nos plantamos Garcés, Pirli y yo en el palomar. Salimos por un ventanuco, justo a tiempo de salvar nuestras vidas: el tejadillo y los endeble muros de madera y cañizo saltaron por los aires, como un sombrero de paja que se lleva el viento.

— ¡Esa “torta” casi nos esquila como a corderos! Mira, Garcés, han situado el cañón detrás de una de nuestras barricadas ¡No sabía que estuvieran tan cerca! -dijo Pirli, preocupado.

— Cuidado, tenemos un fuego cruzado de mil demonios- advertí.

— Cúbreme por el oeste, chaval, que tengo un artillero que derribar.

Aquel hombre parecía hecho de piedra. Inmóvil como una estatua, se arrodilló con el fusil pegado a la cara, ignorando las balas, como si fueran mosquitos. Apuntó unos segundos, que a mí me parecieron horas, y disparó.

— Ese ya no cena- fue todo lo que dijo tras hacer enmudecer al artillero de aquella batería.

Desde aquella posición elevada observábamos los movimientos de las tropas francesas. Zaragoza estaba en llamas y sus casas se desmoronaban. Las tropas enemigas atacaban por todas partes y desde todas partes les hacíamos fuego. Los ve-

cinos arrojaban muebles, ladrillos y piedras, dificultando su avance. Manuela Sancho vociferaba y disparaba sin cesar.

— Si tuviéramos provisiones suficientes nunca nos sacarían de aquí, -mascullaba Garcés- pero como no comamos pólvora...

— ¡Amasada con metralla! ¡Resopla! -sentenció Pirli, con la socarronería que le caracterizaba.

De repente Garcés volvió su mirada de halcón hacia La Huerva donde vio algo que le hizo estremecerse.

— Las tropas se parten ¡Aquella columna se dirige al molino de Goicoechea! Si nadie les previene les asarán como a pollos!

— Pero las calles están atestadas de franceses, esperando que nos asomemos a una ventana ¡Hemos caído en nuestra trampa!- dije, yo, alarmado por la gravedad del suceso.

— Hay una solución. Llegaremos antes que ellos. No podrán ir muy ligeros si nuestras baterías de San José les azuzan, y así lo harán, si conozco a nuestras tropas. Recorreremos Tene-rías... ¡por los tejados!

— ¿Cómo los gatos? -preguntó. Pirli

— ¡Pero con fusil! -sentenció Garcés.

Así lo hicimos. Con un ojo puesto en la columna francesa que avanzaba hacia el molino de aceite, nos turnábamos en jugar-nos la vida saltando de tejado en tejado mientras el otro dis-paraba. Atravesamos palomares atestados de gallinas, accedimos a algunas casas por el interior y subimos hasta el te-jado de nuevo para volver a saltar de casa en casa, destrozando tejas a nuestro paso. Otros fusileros nos cubrían si quedábamos



Con un ojo puesto en la columna francesa que avanzaba hacia el molino de aceite, nos turnábamos en jugarnos la vida saltando de tejado en tejado mientras el otro disparaba.

al descubierto por unos segundos. Abordamos el último tejado cuando la columna francesa ya avistaba el molino.

— Aquí nos la jugamos, rapaz. Hay que salir al descubierto. Tenemos unos segundos antes de que planten la artillería y vuelen el Molino. Nosotros te cubrimos.

— ¡Ánimo, Gabrielillo! -dijo Pirli, mi amigo Pirli- ¡Vuela sin “cuidao”, que al primero que se le ocurra dispararte le mandamos una “hondonada”!

Un escalofrío se apoderó de mí cuando me dispuse a saltar la tapia.

7. Asalto a San Agustín

Me tiré a la calle sin mirar hacia la barricada francesa. Les escuché hablar entre ellos, seguro que de mí. Eché a correr como un lebre, desnudo de armas por primera vez desde mi alistamiento. Cuando había alcanzado la mitad del camino, oí un disparo y me creí muerto. Miré atrás, por un segundo, y vi con satisfacción a Pirli y Garcés turnarse en el fuego sobre la batería enemiga: uno cargaba y otro disparaba. Con el miedo retumbando en mi pecho, seguí corriendo a la par que empecé a gritar.

— ¡Amigos del Molino! ¡Una batería de dos cañones y ocho fusileros os acecha en la esquina del Coso! ¡Huid, corred por vuestras vidas!



Los del Molino vieron en mis ojos el miedo y la verdad. Si no se fiaban de mi palabra, en quince segundos estarían muertos. Cuando la batería francesa respondió al fuego de Pirli y Garcés, yo me puse a resguardo en una acequia, a quince metros del Molino, desde donde pude ver al batallón salir por piernas.

— ¡Feu! -escuché al otro lado de la barricada. Un segundo después, el Molino de Goicoechea, y con él nuestra defensa por el Noreste, volaba por los aires.

El batallón se salvó por los pelos. Las tropas zaragozanas, cada vez menos numerosas, se reagrupaban a medida que perdían sus posiciones de vanguardia. El general Palafox trazaba la estrategia e informaba a las tropas.

— Esta guerra de guerrillas en la que hemos convertido el Sitio de Zaragoza nos favorece. Según me han contado mis informadores, el mismo Napoleón pregunta a sus generales todos los días como evoluciona la guerra en Europa. Ellos le dicen: “Hemos entrado en Spandau. Mañana entraremos en Berlín”; pero cuando pregunta al general Desnouettes por Zaragoza, éste le responde: “Después de dos días y dos noches hemos tomado la casa 1 de la calle Pabostría. Ignoramos cuando se podrá tomar la número 2”. Y Napoleón se vuelve loco de furia ¡Bravo, soldados!

La arenga de Palafox causó una auténtica algarada de fervor guerrero entre los soldados, sentimiento que cada vez escaseaba más en sus corazones. El hambre, el frío y las muchas bajas nos hacían pensar a menudo en la rendición.

— Pirli, me parece que de esta batalla no saldremos con vida.

— Confianza, Gabriel. ¡Todavía no está todo perdido!

— Pero ¿qué más podemos perder, Pirli? Esta ciudad está en ruinas. ¡Miles de personas han muerto bajo los bombardeos! ¿Qué podemos hacer contra el mayor ejército del mundo? -pregunté a mi compañero de armas, al borde del llanto.

— Enseñarles que no pueden llevar al mundo al desastre por seguir a un ídolo y que no hay ideal que permita asesinar a una nación entera, ¡corcho!

La respuesta de mi amigo me hizo enmudecer.

...

Don José de Montoria, en cuyo rostro descubrí una mirada torva y cansada por primera vez, él, que siempre arengaba a las tropas, estaba derrengado y al borde del abandono.

— El reducto del Pilar, como el de San José y el Molino, han caído. Nuestras tropas se reagrupan en el Casco Viejo y allí daremos la batalla. Gabriel, tu batallón reforzará el convento de Agustinos Observantes y su iglesia, para evitar que entren por el Este a través del Coso Bajo.

La iglesia de San Agustín era una enorme trinchera. El altar mayor había sido derribado y utilizado como barricada. Detrás de las esculturas, adornos y follajes dorados, había un sinnúmero de fusileros zaragozanos. Las estatuas servían de parapeto y los bancos y confesionarios habían sido amontonados contra las puertas para evitar que nadie entrara. Incluso en el púlpito, allí donde el cura sube a predicar, había soldados apostados.



— ¡Sopla! Si alguna vez viera al diablo predicando en una iglesia, no me sorprendería tanto!- aseguró Pirli, contando por docenas los fusiles que en aquel templo había.

Al mando de aquella posición estaba el general Sant March. La espera era tediosa. Los bombazos retumbaban en el interior de la iglesia como si estuviéramos en el infierno. De vez en cuando bajaba un vigía de la torre a dar noticias del ataque:

— Se ve fuego en la Puerta Quemada.

— No comprendo porqué no bombardean San Agustín -advirtió el Tío Garcés, con una mirada de lince- estando como está expuesta desde la orilla del Ebro. Esto me huele mal, Gabriel.

— ¿Qué quieres decir, Garcés?

— Paciencia.

El hambre y la sed cundían entre la tropa. Montoria trató de levantarnos el ánimo: - Por lo menos, la casa del Tío Candiola ha sido volada en el bombardeo ¡Esa sabandija ha tenido su merecido! Hoy estoy contento, ¡porra!

Si el infierno protegía a Candiola, como todos menos yo creían, Satanás le había oído. De repente escuchamos disparos en el interior de la iglesia. ¡Nos estaban atacando desde dentro!

— ¡Han entrado a la iglesia!- gritó Garcés. -¡Aguantad la posición y hacedles fuego como podáis! ¡Que no salgan o el Coso será suyo!

Garcés cogió en volandas un confesionario y metiendo el fusil por el ventanuco, avanzó como una máquina de guerra

humana para ganar una de las columnas, posición que le daría un cierto privilegio.

Nos atrincheramos en las capillas laterales, derribando a cuantos franceses se atrevían a franquear las naves central y laterales.

— ¡Vienen de la sacristía! ¡Pero ese paso estaba vigilado!- me pregunté a mí mismo. Oí una voz tras de mí. Era el general Sant March que gritaba -¡Retirada! ¡Todos al claustro!-

Los pocos supervivientes salimos al exterior, hasta la plaza de la Magdalena. En la calle, el espectáculo era similar al interior: los vecinos abrían fuego desde sus casas y los franceses avanzaban, centímetro a centímetro, hacia el interior de Zaragoza. El Tío Garcés no salió.

— ¿Dónde está Garcés?- pregunté inquieto.

— Ha caído en el coro, atravesado por cien balazos -respondió un soldado.

Reprimí las ganas de llorar por el compañero caído.

Corriendo como liebres, atravesamos unas calles atestadas de gente, bajo el estruendo de las bombas.

— Pero ¿cómo diablos han entrado? -pregunté.

— Nos han vendido -sentenció el general March. - Mucho me temo que haya un traidor entre nosotros.



-¿Dónde está Garcés?- pregunté inquieto.

- Ha caído en el coro, atravesado por cien balazos respondió un soldado.

8. Intriga y destrucción

Aquella guerra se parecía cada vez menos a las guerras conocidas. Se luchaba entre ruinas. Los defensores no tenían nada que defender y los atacantes nada que conquistar ¿Cuál era el objetivo de aquel sitio? ¿Qué pretendía el ejército de Napoleón? Cuando finalmente traspasaran las puertas de la ciudad verían que habían conquistado un montón de cascotes.

Los heridos se agolpaban en las calles, pues no quedaban hospitales en pie. La ciudad era un inmenso incendio y sobre ella se cernía una densa niebla formada de polvo y humo.

— ¡Rayos, Gabriel! -resoplaba Pirli - Tengo tanta hambre, que sería capaz de comer ladrillos - ¡Ay! Si la sopa que nos dan los frailes cada dos días fuera tan espesa como ese humo...

La ciudad era una enorme ruina. Las familias hurgaban entre los escombros, tratando de recuperar sus pocas pertenencias. Algunos grupos de hombres y mujeres construían nuevas barricadas y refugios con los escombros de sus casas.

— Mira, Pirli, cómo se ayudan los vecinos unos a otros. Es admirable su tesón.

— No todos los vecinos, Gabriel.

— ¿Qué quieres decir Pirli?

— ¡Mira!

De rodillas sobre el montón de cenizas y polvo en que había quedado su casa, estaba el Tío Candiola. Sus ropas y peluca estaban totalmente chamuscadas.



— ¡Atiza! ¡El fuego de Satanás le ha alcanzado a él primero por vivir más cerca del Averno, en esa mazmorra inmunda!

— No te rías de ese pobre anciano, Pirli. Mira, está intentando levantar una viga derrumbada ¡Quizá haya alguien debajo!

Candiola vociferaba e imploraba ayuda a cuantos vecinos pasaban a su lado. Todos ellos le miraban indiferentes.

— ¡Mis recibos! ¡Mis pagarés y billetes! ¡Chamuscados por el fuego! Y mis monedas... ¡Sepultadas bajo estas vigas y muros de piedra! Todavía puedo recuperar alguna de mis riquezas... ¿Quiere usted ayudarme? - cacareaba Candiola- ¡Eh, vecino, hombre caritativo, sin duda! ¿Por qué no deja a ese herido condenado a morir y ayuda usted a este honesto anciano a recuperar los ahorros de toda una vida?

Los ojos amarillos de Candiola se salían de las órbitas y lloraban pura falsedad, como los cocodrilos. El avaro usurero sollozaba con los dientes apretados, a punto de soltar una dentellada.

— Pero ¿Es que no hay ayuda para un pobre tullido? ¡Amigos! ¿Es que los corazones de los zaragozanos se han vuelto de hierro?

Candiola nos miró por encima de su hombro y arqueó sus garras como el buitre que avista una presa.

— Vosotros, mozalbetes. ¿Queréis ganar unas monedas? Ayudadme a levantar esta viga ¡Debajo tengo un saco lleno de oro! Lo repartiré con vosotros si no decís nada a nadie.

Pirli y yo nos dimos la vuelta. Sin despegar los labios dejamos a Candiola con su tesoro enterrado para siempre.



**¡Mis recibos! ¡Mis pagarés y billetes! ¡Chamuscados por el fuego!
Y mis monedas... ¡Sepultadas bajo estas vigas y muros de piedra!
Todavía puedo recuperar alguna de mis riquezas... ¿Quiere usted
ayudarme? - cacareaba Candiola-**



— ¡Malditos! ¡Bellacos! ¡Si Dios no ha podido defenderos que el Diablo os condene! ¡Que os condene a todos a las llamas del infierno! -exclamaba el Tío Candiola, estrujando los restos de sus recibos calcinados.

Los retales del ejército trataban de organizarse. Mi batallón se había unido al de Extremadura, pues cada vez éramos menos. Montoria estaba al mando de una unidad encargada de vigilar los alrededores de la Torre Nueva, el campanario inclinado, todavía el mejor observatorio para averiguar los movimientos del enemigo.

— Así está nuestro ánimo, Pirli, torcido como esa torre y a punto de caer en cualquier momento. ¡Pero debemos resistir!

Don José de Montoria, que semanas antes me parecía un hombre de hierro, se había convertido en un anciano tras las últimas batallas. La traición dentro de las filas zaragozanas había hecho mella en él.

— Los franceses han tomado el convento de Jerusalén y dentro de poco caerá San Francisco. Esta ciudad, que pronto cumplirá dos mil años, se está derrumbando. El enemigo derriba cuantos edificios le viene en gana, volándolos por los aires. ¿Cómo consiguen entrar en los fuertes vigilados? No lo sé. Todo está perdido, Gabriel. No merece la pena perder más hombres y mujeres.

— No estamos aquí para hacer la guerra, Montoria, sino para hacer la paz. El imperio de Napoleón pasará, como pasan todas las tempestades, y vendrá la calma. Por muchos templos y pala-

cios que destruyan, nunca podrán cambiar nuestra historia. Se puede cambiar el futuro, pero no se puede cambiar el pasado.

— ¡Qué frase tan sabia, Gabriel!

— Es de Alejandro Dumas, don José. Él también conoció el poder de un tirano.

La desesperación hacía aflorar en las personas extraños miedos y supersticiones. Cuando llegaba la noche, nadie quería hacer guardia en aquel barrio. La leyenda del fantasma de la Torre Nueva seguía más viva que nunca.

— Hace dos noches -explicaba un soldado, con un temblor de miedo en los labios- nada más dar las dos en la torre, empecé a escuchar alaridos. Bufidos muy suaves al principio, y gruñidos desesperados al rato. Como todas las noches, los alidos empiezan del lado del Torreón de Fortea y junto a la iglesia, como si las almas en pena fueran en procesión. Al poco se escucha un arrastrar de cadenas y golpear de hierros que vienen de ultratumba...

— ¡Son los muertos del primer Sitio, que quieren asistir a la batalla!- animaba Sursum Corda, con las teorías más absurdas.

— Y eso no es todo- terminaba de explicar el aterrorizado testigo - pues estas manifestaciones fantasmales vienen acompañadas de luces que se encienden y apagan y se arrastran por el suelo, como los fuegos fatuos en los cementerios.

El hombre enmudeció, presa del miedo.

— ¡Paparruchas! ¡Cuentos de vieja! ¡Excusas para echarse a dormir, en lugar de hacer guardia! ¡Porra! -bramó Montoria,



quien parecía recobrar el ánimo-. Tú no crees en esas estupideces, ¿verdad Gabriel?

— Yo no creo en fantasmas ni aparecidos, pero creo que aquí hay gato encerrado y voy a descubrirlo.

— ¡Perfecto! -dijo Montoria, entregándome un fusil-. Pirli y tu haréis la primera guardia.

No pude reprimir un respingo. Miré a Pirli. Mi amigo temblaba de miedo como un gato bajo un aguacero. Aquella noche los ladridos de los perros nos parecieron lobos aullando a la luna.

9. Un túnel bajo la ciudad

— **M**i... mi madre... Ga...Gabriel... ¿Y si damos con las almas de los condenados? ¿Les disparamos o qué?

- Descuida, gran Pirli, que no veremos ningún condenado ¡Pero a lo mejor damos con algún traidor!

— ¿Qué quieres decir, amigo?

— Que vamos a echar una mano a Candiola para desenterrar su tesoro.

— Pero... ¿Qué dices? ¿Que vamos ayudar a esa sabandija?

— Tú sígueme y no hagas ruido.

El barrio de San Felipe estaba en silencio. La leyenda de las almas en pena había hecho huir a los vecinos a otras calles menos impopulares. La casa de Candiola, un montón de ceniza

y muros calcinados, se había hundido sobre la bodega donde el mezquino anciano escondía sus caudales, como si el infierno la hubiera reclamado.

— ¿Recuerdas, Pirli, dónde dicen haber visto fantasmas últimamente?

— Pues... en las calles de San Voto y San Lorenzo. Y en las iglesias de Santa Ana y San Diego. Y en el convento de Jerusalén. Y aquí, en la plaza de San Felipe. ¡Fantasmas por todo el barrio! ¿Por qué me lo preguntas?

No le respondí. Estaba absorto registrando las cenizas del suelo. Entre los escombros vi el resplandor que arrojaba una argolla de hierro. Aparté los ladrillos quemados y restos de madera bajo los que reposaba una trampilla de piedra grande y cuadrada.

— Ayúdame, Pirli. Esta losa parece pesada. Yo tiraré de la anilla y tú harás palanca con ese barrote de ahí.

La placa cedió con un bramido. Creímos estar abriendo un tragaluz al mismo infierno. Apartamos la piedra y descubrimos un túnel, negro como una noche sin luna. Cuando metí la cara en el túnel sentí una brisa corrupta que parecía venir de lo más profundo del mundo.

— Creo que es una antigua alcantarilla, Pirli. Los romanos las construyeron y atraviesan toda la ciudad. Veamos hasta donde llega.

Avanzamos a tientas unos metros, hasta que dimos con un candil colgado en la pared de piedra. Pirli sacó unos pedazos



La placa cedió con un bramido. Creímos estar abriendo un tragaluz al mismo infierno. Apartamos la piedra y descubrimos un túnel, negro como una noche sin luna. Cuando metí la cara en el túnel sentí una brisa corrupta que parecía venir de lo más profundo del mundo.

de pedernal y un poco de yesca, y en unos segundos prendió una llama leve pero eficaz.

— El aceite del candil es reciente, Gabriel. Me parece que Candiola hacía uso de este túnel todas las noches.

— Creo que ya empiezo a entender donde se esconde el fantasma de este barrio, Pirli. De momento ya sabemos que aquella noche que le espiamos Candiola no atravesó las paredes sino que se metió bajo tierra.

— ¡Qué truhán!

Anduvimos durante un buen rato por aquel pasadizo. Se trataba de un túnel en parte excavado sobre la piedra y en parte construido con grandes sillares. De trecho en trecho, unas altas y estrechas aspilleras dejaban entrar la luz de la calle sin alertar de la existencia de la galería.

— Mira, Pirli, creo que estamos pasando junto a la iglesia de San Diego. Y hace un rato, he visto por una pequeñísima abertura la torre del convento de Jerusalén. ¿Te apuestas algo a que la siguiente ventanilla es a la altura de Santa Rosa?

— ¡Sopla! ¿Y eso por qué?

— A su debido tiempo, amigo Pirli.

El túnel estaba cubierto por una bóveda, y a pesar de parecer muy antiguo y largamente abandonado, de trecho en trecho se veían huellas de hombre, candiles abandonados u otras evidencias de recientes visitas.

— Santa Rosa ¡Estamos en la calle Azoque! Creo que el misterio del fantasma de la Torre Nueva está resuelto.



— ¿Cómo es eso?

— No hay fantasma, ni vampiro alguno. Aquellos ruidos de cadenas y luces de fuegos fatuos que se arrastraban eran provocados por el mismo Candiola. Atravesaba de noche este túnel, profería alaridos, sacudía cadenas y agitaba una antorcha cerca de las trampillas que dan a la calle, de manera que parecieran fuegos fatuos y ulular de fantasmas. El muy ladino se aprovecha del miedo a las supersticiones para mantener a los vecinos alejados de estas calles! ¡El itinerario del fantasma coincide con el de este túnel, Pirli! Primero el convento de Jerusalén, San Voto, después San Diego y Santa Rosa.

— No lo entiendo, Gabriel ¿Para qué montar todo ese teatro?

— La respuesta, Pirli, está al otro lado de aquella losa- dije, señalando otra portezuela.

Sobre nuestras cabezas, en el techo del túnel, se levantaba otra losa como la de la entrada. Levantamos con dificultad la piedra que tapaba la salida y lo que vimos nos hizo enmudecer. Habíamos vuelto a la iglesia de San Agustín que estaba ahora tomada por las tropas enemigas. Por todos lados había franceses apostados, dispuestos a defender la plaza que habían conquistado gracias a esa misma entrada. Con sumo cuidado y aguantando la respiración, cerramos la trampilla.

— ¡Candiola es el traidor! ¡Él les mostró la entrada a San Agustín! ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Si lo cojo...!

— Este túnel no termina aquí, Pirli, sino que atraviesa la ciudad entera. La traición ha podido ser más grande. Me temo lo peor.

En ese momento escuchamos una tremenda explosión que hizo retumbar la galería subterránea.

— ¡Si este pasadizo se hunde, nunca nos encontrarán! ¡Retrocedamos!

10 ¡Traición!

Con el corazón batiéndonos en las costillas, atravesamos el subterráneo en total oscuridad, huyendo de un posible derrumbe. Alcanzamos la primera trampa y saltamos como gato sin más ayuda que el miedo

— ¿Qué habrá sido esa tremenda detonación? ¿Se diría que ha volado la ciudad entera!- preguntó Pirli.

— El cielo se ha oscurecido. Está ya amaneciendo y se diría que ha vuelto a hacerse de noche.

Siguiendo el rastro de la destrucción, salimos al Coso. El convento de San Francisco había saltado por los aires. Se diría que un volcán había estallado justo debajo de Zaragoza, llevándose en la erupción media ciudad consigo. Las bombas ya no llovían del cielo, sino que venían del mismo corazón de la tierra. Parecía que el infierno se hubiera desbordado.



Se diría que un volcán había estallado justo debajo de Zaragoza, llevándose en la erupción media ciudad consigo. Las bombas ya no llovían del cielo, sino que venían del mismo corazón de la tierra. Parecía que el infierno se hubiera desbordado.

— ¿Te das cuenta, gran Pirli? Ese mezquino, roñoso y egoísta ha traicionado a la ciudad entera.

— Pero, ¿Es posible?

— Candiola, harto de no poder seguir extorsionando a los vecinos de Zaragoza, decide venderse al enemigo. Me apuesto lo que quieras a que el túnel arranca en su casa y llega hasta el Coso Bajo, junto al río, que ahora está ocupado por los franceses. Allí, el avaro vendió el secreto de la galería al enemigo, quien la utilizó para apoderarse de San Agustín. El engaño del fantasma le sirvió para mantener su traicionero itinerario a salvo de ojos indiscretos.

— Pero ¿y esta explosión tan tremenda?

— Los franceses sabían que si caía el convento de San Francisco, en el Coso, la ciudad estaría en su poder, pues se trata del último reducto de defensa. Seguro que lo han minado desde el subsuelo. Ese perro nos ha vendido por un puñado de monedas de oro. Pagará cara su traición.

Veloces como zorros, volvimos sobre nuestros pasos. El paisaje era desolador: heridos, ruinas y destrucción se desparrahaban por las calles de Zaragoza. En el camino de vuelta hacia el túnel de la traición de Candiola tuve un pálpito.

— Me parece, Pirli, amigo, que el viejo buitro va a volar de Zaragoza.

— ¿Crees que tiene planeado huir?- preguntó Pirli, encendido de ira.



— El hurón se reserva siempre una salida cuando entra a cazar a la conejera. Me apuesto lo que quieras a que ha pactado su escape con los franceses. ¡Corramos, no se saldrá con la suya!

Cuando volvimos la esquina de la iglesia de San Felipe, advertimos una sombra que parecía dispuesta a sumergirse entre los escombros de la casa de Candiola.

— Si alcanza la galería nunca le alcanzaremos. Conoce ese camino subterráneo mejor que los topos -dije a Pirli, alarmado. - ¡Candiola, traidor! ¡No huyas!

El monstruo nos miró con odio y pánico en sus ojos de reptil. Su lengua afilada parecía escupir veneno y sus dedos ponzoñosos se crisparon, buscando una salida. Veloz como una lagartija, abandonó su vieja madriguera en ruinas y voló hacia el viejo campanario inclinado.

— ¡Va a la Torre Nueva! Pretende esconderse en el campanario- advirtió mi compañero de aventuras, echando mano de su pistola.

— Quieto, Pirli. No somos quienes para acabar con él. Le daremos alcance.

Corrimos tras él. Observamos a Candiola encaramarse a la Torre, como una araña, y escalar sus paredes de ladrillo. Pirli trepó en su busca, pero sus manos no le permitieron avanzar más de unos metros antes de caer como un saco de patatas.

— ¡Yo seguiré, Pirli! - dije, encaramándome tras el traidor.

El Tío Candiola trepaba como un murciélago. Tras una decena de metros de ascenso, entró por un ventanuco al interior del campanario.

— ¡Maldita araña! Parece que tenga ocho patas en lugar de dos brazos y dos piernas! ¿Será verdad que es un hechicero y no un simple anciano? -pensé, agotado por la escalada.

Alcancé la ventana y penetré no sin esfuerzo. La oscuridad era total, pero entre las sombras creí ver una escalera tortuosa que ascendía. Escuché sobre mi cabeza los pasos del Tío Candiola y me lancé a la persecución.

— ¡Detente, Candiola! ¡Debes pagar por tu traición!

— ¡Malditos haraganes, nunca me dejaréis en paz! ¡Que Satanás os juzgue!

La escalera de caracol se tornaba, a medida que subíamos, más intrincada y retorcida. En la oscuridad, mi cabeza chocaba contra el techo y no paraba de tropezar. De repente advertí que había alcanzado un repecho que la oscuridad me impidió ver.

— Maldito truhán, ladronzuelo -escuché frente a mí la voz cavernosa del usurero- ¿Me seguirás hasta el mismo infierno? -dijo el traidor -Pero esto se puede resolver mejor para todos, rapaz. ¿Quieres oro? ¿Joyas? ¡Déjame ir y serás rico!

— Nada puede pagar tu traición, Candiola- dije, sin parar de ascender por la escalera.

— ¿Es que no vas a apiadarte de un pobre anciano- lloriqué el perseguido, escupiendo mentiras.



Un segundo después, un fuerte golpe seco en la cabeza me hizo tambalear. A punto de perder el conocimiento escuché su voz de insecto venenoso: -¡Toma, mal nacido! ¡Tu cabeza pagará todas las humillaciones a las que he sido sometido!- tropecé y manoteé en la oscuridad, tratando de asirme a algo para evitar la terrible caída escaleras abajo. Alcancé una tela, como un harapo, que resultó ser la capa chamuscada del anciano a quien arrastré en mi desplome. Caímos, rodamos, rebotamos mil veces dando con nuestras cabezas en las paredes y peldaños, hechos un rebullo de huesos doloridos.

Después, la oscuridad fue aún mayor. No sé si pasaron horas, días o años, pero creí estar dormido, muerto, no sé. Desperté en una cama, junto a don José de Montoria, el hombre más bueno de Zaragoza.

— Ya es hora de que despiertes ¡Porra! Casi tiras abajo la Torre Nueva con esa cabezota tuya. ¡Lo que no han podido hacer con ella los siglos casi lo consigues tú!

— ¿Y Pirli?- pregunté, dolorido.

— No se ha movido de tu lado. Es un gran amigo, Gabriel.

Pirli me miraba, sonriente. En aquel momento supe que siempre tendría un amigo en Zaragoza. Muchas veces, en mi larga experiencia guerrera, en Bailén, en Gerona, en Arapiles, he echado de menos un compañero que, como Pirli, me tendiera una mano para sacarme de cualquier apuro.

— ¿Y Candiola? ¿Qué ha sido de ese traidor? -pregunté a mis cuidadores.

— Pirli nos contó el resultado de vuestras pesquisas, Gabriel. Candiola llevaba semanas pasando por las noches al frente enemigo a través de ese túnel que sólo él conocía y que atraviesa la ciudad de norte a sur y de este a oeste. Supimos, por su propia confesión, que vendió al general Lindener la entrada a la ciudad; así se explica que San Agustín cayera en sus manos y que pudieran dinamitar San Francisco.

— Espero que haya un castigo para su traición, don José.

— La Torre Nueva será su prisión durante mucho, mucho tiempo.

— ¿Y la guerra?

— Ha terminado, Gabriel. Ayer se izó la bandera blanca en la Torre Nueva para anunciar la capitulación de la ciudad.

Aquella misma tarde, recuperado de mi caída y de las muchas heridas que la guerra me produjo, me despedí de mis amigos. Don José de Montoria me preparó un hatillo con pan, longaniza y queso para el camino. Pirli, el gran Pirli, me acompañó hasta el límite de la ciudad, hasta el camino que llevaba a mi nuevo y todavía desconocido destino.

— Ven conmigo, Pirli ¡Nos esperan muchas aventuras!

— No, Gabriel tengo que quedarme en Zaragoza ¡Alguien tiene que reconstruir la ciudad desde sus ruinas!

Cuando me despedí de Pirli y de la ciudad de Zaragoza, comenzaba a amanecer. ¿Qué nuevas aventuras me depararía el destino? Me marchaba convencido de que, cuando los franceses finalmente entraran en Zaragoza para tomar po-



sesión de ella, llorarían al ver la destrucción que reinaba en sus calles.

— Decididamente, Marte, el dios de la guerra, y yo, no hemos hecho muy buenas migas. No hay ninguna grandeza en convertir una bella ciudad en una inmensa sepultura -pensaba, mientras emprendía camino sin mirar atrás.



**Este libro se terminó
de imprimir en Zaragoza
el 30 de noviembre de 2007**

Esta adaptación de “Zaragoza” de Benito Pérez Galdós cuenta las andanzas del joven y valiente Gabriel de Araceli y su inseparable amigo Pírlí durante el Segundo Sitio de Zaragoza. Acción, misterio, amistad y traición protagonizan esta novela de aventuras que pretende acercar a los jóvenes los acontecimientos de la Guerra de la Independencia.

Daniel García-Nieto (Zaragoza, 1972), es licenciado en Geografía e Historia, periodista y humorista gráfico. Publica sus trabajos en Aragón Digital y la web de Expo Zaragoza 2008.



Zaragoza
AYUNTAMIENTO